

Lance cómico el ocurrido este último verano a un amigo mío y... de ustedes.

Cien veces he ido a contarlo, y otras tantas mi maldita memoria lo ha impedido: hoy que por fortuna me acuerdo, no quiero privar a mis lectores de esta cómica y verdadera historia.

Mi amigo X posee en Leganés una bonita casa de campo. Allá por el mes de agosto, un amigo y un primo suyo entablaron en Madrid el siguiente diálogo:

—Ya sabes, querido primo, que tendré un verdadero pesar, si no vienes. Tú no querrás disgustarme; por lo tanto, no olvides que el domingo te aguardo para pasarlo en Leganés. Allí estaremos sin ceremonia los dos solitos, porque aun cuando hace tiempo invité a varios amigos, ninguno me ha hecho nunca la honra de parecer por allá. Con que quedamos en que no faltarás, ¿eh?

—Convenido.

—Hasta el domingo a las ocho de la mañana.

—Hasta el domingo.

No había medio de resistir a convite tan franco y sincero; así fue que el primo no faltó a la cita, y el domingo a las ocho se reunió con su pariente y ambos marcharon al vecino pueblo.

—Ya sabía yo que no faltarías a tu palabra.

—¡De ningún modo!

—Gracias. Tú no te pareces a esa docena de imbéciles a quienes invité y nunca pude conseguir verles en mi casa de campo. ¡Ellos lo perdieron! Vamos a pasar un día magnífico. Sin embargo, te prevengo que no sueñes con un festín de Baltasar. Leganés es un pueblo, pero no hay que buscar manjares escogidos, porque no los encuentras. Tendremos jamón y chuletas, dos chuletas de primer orden.

—Y además tendremos una sorpresa que te preparo.

—¿Una sorpresa?

—Sí. Este melón que compré en Madrid y que ahora te ofrezco.

—¡Bravísimo! Precisamente no había yo pensado en los postres. ¡Un melón! ¡Pues no es nada lo del ojo!...

—Ea, ya que hemos llegado, daremos vuelta por el jardín en tanto disponen el almuerzo.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando se presentó a la puerta de la casa un nuevo personaje.

—¡Qué veo! ¡Julio!...

—El mismo.

—¿Es posible?

—Recuerda que me habías invitado a pasar un domingo en tu casa de campo...

—Sí, hace cerca de tres meses.

—¡Es verdad! Pero mis ocupaciones no me han permitido hasta hoy tamaña dicha.

—¡Qué me cuentas!

—Esta mañana decidí venir en tu busca, y ya veo que sigues la costumbre de pasar alegremente los domingos fuera de Madrid. ¿Hice mal?

—¡De ningún modo! Hiciste perfectamente. Solo te prevengo que como no te esperábamos, la comida será algo frugal.

—¿Qué importa?

—Tenemos jamón y chuletas.

—He previsto el caso y traigo un refuerzo.

—¿El qué?

—¡Un melón! Un melón dulce como el almíbar.

Continuó el paseo por los jardines. A la tercera vuelta sienten los tres amigos el ruido de un coche, y a poco una voz que dice:

—¡Ah! Por fin llego a tiempo.

—¿Qué veo? ¡Antonio!

—En carne y hueso. Tú no me aguardabas, ¿eh? ¡Yo amo las sorpresas!

—El hecho es que...

—Sí, comprendo. Tú no me habías convidado. Yo soy así. Me presento cuando menos se me espera. Creo que por esto no te disgustará.

—¿Disgustarme? ¡Qué tontería! Al contrario, tengo un verdadero placer... No obstante, te prevengo que vas a pasar un mal día. La comida es ligera. Solo tenemos jamón y dos chuletas...

—¿Digo, eh? ¡Si seré listo!

—¿Cómo?

—Nada, que había previsto el caso y traigo un suplemento.

—¡Cielos!

—¡Un melón soberbio!

—Continuemos nuestro paseo. Mandaré que hagan cuatro de las dos chuletas, y que el jamón se multiplique todo lo posible.

—Sí, sí, paseemos: esto nos abrirá el apetito.

—¿Te parece que demos una vueltecita por el campo?

—Como gustes.

—Pues en marcha.

Al cuarto de hora de camino divisan un ómnibus.

—¡Eh! ¡Julio! ¡Antonio!... ¡Sooó! ¡Para, mayoral!...

—¡Calle! ¡Eduardo! ¡Ernesto! ¡Luis! ¡Raimundo!...

—Sí, sí —responden cuatro voces.

—¿Qué significa?

—Desde ayer te preparamos esta sorpresa.

—Amigos míos... Siento un verdadero placer... Sin embargo, os prevengo que la comida será ligera.

—¿Qué importa?

—Me tiene sin cuidado.

—Jamón y dos chuletas...

—Sin contar lo que yo traigo.

—Sin contar mi regalo.

—Sin contar el mío.

—Ni el mío.

Y esto diciendo, los cuatro amigos descubren cuatro melones magníficos.

Para abreviar: a las once se sentaron a la mesa.

Eran doce personas.

Dos chuletas y un par de libras de jamón adornaban la mesa.

—Señorito...

—¿Qué quieres?

—Juan el jardinero pide licencia para ver a usted.

—Que pase.

—Buenos días, señorito, y la compañía.

—Buenos días, Juan. ¿Qué tienes que decirme?

—Que como el señorito no dispuso que se trajeran postres para la comida de hoy, yo me dije: habrá sido por falta de memoria; y sin más ni más me marché a Madrid y busca que te busca, no he encontrao ná más apetitoso que...

—¿Qué? ¡Acaba!

—¿Qué?, ¡este melón!...